

## II. ACTUALIDAD

### **Discurso de Germán Scalzo en la entrega del Premio Robin Cosgrove de "Ética en las Finanzas": Ginebra, 14 de noviembre de 2013**

Autoridades presentes, distinguidos miembros del jurado y organizadores de este premio, señoras y señores:

Es para mí un gran honor recibir este reconocimiento de parte de tan distinguidos académicos. He de reconocer que tengo muy poco que decir frente a pensadores de tan alto nivel, más que agradecer tan inmerecido reconocimiento; sin embargo, el protocolo obliga a decir unas palabras, así que aprovecharé para explicar algo que puede resultar paradójico a primera vista: que un escrito basado en Aristóteles sea escogido en un premio cuyo tema general es buscar "ideas innovadoras y creativas que promuevan la ética en las finanzas". Intentaré mostrar por qué esta paradoja es tan solo aparente.

Desde el punto de vista de la economía en su sentido profundo, innovación es lo que contribuye a aumentar la riqueza de una sociedad, y no en su aspecto monetario, sino en cuanto valor cultural, social, político y moral. Aquí encontramos un primer inconveniente, pues la economía moderna considera innovación todo aquello que contribuye a aumentar las ganancias, resultado por excelencia. Más aún, las finanzas están orientadas a su maximización, algo que es bueno pero problemático. La necesidad de un horizonte de sentido mayor es fundamental, porque de las finanzas en sí mismas no puede surgir novedad alguna.



Desde el punto de vista epistemológico, es un contrasentido pretender que las finanzas puedan por sí mismas incluir a la ética. Es precisamente al revés. Las finanzas se ordenan a una concepción de la economía en su sentido amplio e impropio, como una práctica, o, lo que es lo mismo, una disciplina ética. Sólo la libertad humana puede innovar, y esa innovación lleva consigo un cambio en la estructura de las complejas relaciones que se dan en la sociedad, desde el modo de asignar la propiedad, hasta la manera de comprender y llevar adelante el trabajo.

La innovación, a diferencia de lo que pensaban Keynes o Schumpeter, no es algo irracional o un don divino; un arrojo disruptivo de creatividad que permite un nuevo comienzo destruyendo lo anterior; sino que la libertad humana innova al renovar prudencialmente el sentido de la tradición. La raíz última de las dificultades de las teorías económicas modernas para enfrentarse con la innovación reside en los fundamentos epistemológicos y antropológicos en los que se apoyan. Una teoría construida como un sistema cerrado y unívoco, donde el conocimiento se expresa en lenguaje matemático, ciertamente gana precisión, permitiendo la predicción y el cálculo; pero a costa de expulsar el conocimiento de las realidades humanas más profundas, que responden a una lógica diferente, desde la que se entiende el hombre, su modo de ser y de actuar.

El lenguaje humano es una mediación entre el hombre y el mundo, pero tiene sentido en algún tipo de comunidad, y toda actividad, incluida la técnica financiera, adquiere algún sentido más allá de sí misma gracias a la práctica compartida. Sin la flexibilidad que otorga la imprecisión y la ambi-



güedad de lo humano, el hombre no podría enfrentarse más que a lo rutinario o repetitivo. La precisión matemática aplicada a una teoría social permite librarse de la autoridad y la tradición, pero petrifica la razón en una racionalidad totalitaria y externa, como denunció Weber con su famosa "jaula de hierro", a la vez que deja al hombre sin recursos para salir de ella.

Puesto que la libertad y la razón humanas no son realidades abstractas, la racionalidad práctica es la única que permite entender cómo la ética puede tener alguna relación con las finanzas.

La voluntad de poder, expresada en el deseo incesante de ganancias, ha promovido un tipo muy extraño de innovación orientado al resultado, que se expresa en la multiplicidad de productos, dando lugar a un entramado financiero cada vez más complicado; pero la verdadera innovación en las finanzas no está en instrumentos más complejos, en sistemas más justos, en mecanismos más democráticos, o en cualquier otra externalidad que se nos pueda ocurrir, sino en el reconocimiento personal de lo que constituye el fundamento más profundo de la tradición: el trabajo y el lenguaje.

La técnica es inseparable del trabajo humano, pero si no está subordinada a una práctica, se vuelve caótica, pierde la guía de la razón y, en última instancia, se vuelve contra el hombre mismo, como ha pretendido expresar el mito de Prometeo. La verdadera innovación se produce cuando se renueva la propia vida y, en este sentido, el hombre innova continuamente porque su fin nunca está dado. El hombre trabaja porque ama, porque tiene deseo de saber más, porque tiende a algo que no llega a poseer nunca plenamente y



que descubre junto a otros; en definitiva, porque es libre. Ese tipo de conocimiento no se encuentra en la generalidad abstracta de la razón, sino que lo descubre la razón práctica en el sentido común de lo verdadero, lo bueno y lo justo en que se apoya toda comunidad.

Lo que quiero decir es que la comprensión moderna de las finanzas como un lenguaje abstracto, universal y auto-referencial se aleja de lo que le otorga su razón de ser: el desarrollo pleno de las personas, que es lo que llamamos ética en sentido general. Y por eso, desde mi humilde perspectiva, una contribución teórica que nos acerque a una reflexión sobre esos mismos supuestos básicos es innovadora. Me excuso porque mi trabajo es pobre, pero a la vez me alegro de que así sea, porque es un ejemplo de ese tipo de conocimiento al que me refiero, de donde creo que deben surgir las soluciones que estamos necesitando: un conocimiento humilde y esperanzado, que se construye entre todos, a través de un diálogo transparente y humanista como el que hemos mantenido en este solemne acto.

Con orgullo de formar parte de esta iniciativa en memoria de Robin Cosgrove, quiero mencionar mi deuda de gratitud con mi maestro, el profesor Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y con el Instituto Empresa y Humanismo de la Universidad de Navarra. Agradezco especialmente la concesión de este premio y lo dedico a mi esposa, Christa Byker, gracias a quien puedo acercarme cada día a una mejor comprensión del sentido de las finanzas, de la economía, y de mi propia vida.

